

DE CARTAGENA A BIZERTA: EL EXILIO EN TÚNEZ DEL ALCALDE PÉREZ SAN JOSÉ

Francisco José Franco Fernández
UNED de Cartagena
Manuel Rolandi Sánchez-Solís
Investigador y escritor

Recibido: diciembre 2016/ aceptado enero 2016

RESUMEN

El artículo contiene la reseña histórica del alcalde republicano de Cartagena Isidro Pérez San José (militante socialista y alcalde de esta ciudad durante el período de abril a septiembre de 1932), así como su dura experiencia de la Guerra Civil y su exilio en Túnez.

PALABRAS CLAVE

Isidro Pérez San José. Alcalde republicano de Cartagena. Guerra Civil. Exilio en Túnez

Introducción

Isidro Pérez San José nació en Cartagena (Murcia) el 24 de abril de 1902 y, más concretamente, en la calle de la Concepción, situada en el primer distrito de la ciudad y en su tercer cuartel, en un barrio muy popular y antiguo, muy próximo al histórico castillo de la Concepción (del que la calle heredaría su nombre), en cuyas proximidades destacaban la vieja catedral, las calles del Sepulcro y de Faquineto y la Plaza de San Ginés de la Jara. Su padre, Miguel Antonio Pérez de Haro, era un modesto trabajador, que antes había sido jornalero y, posteriormente, pescador y vendedor de pescado, y se había casado con Antonia San José Carmona.

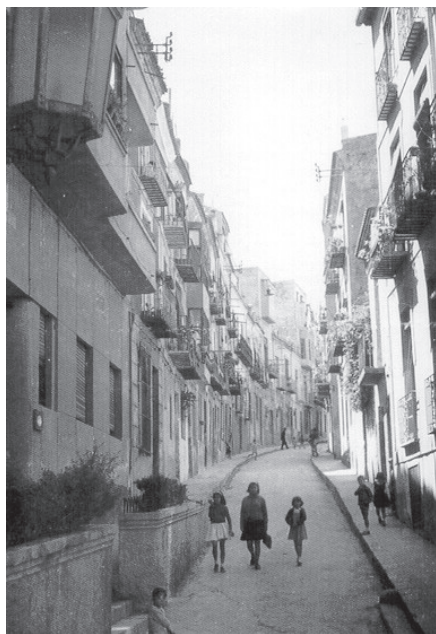


Figura 1. Vista de la Calle de la Concepción de Cartagena, donde Isidro Pérez San José nació en abril de 1902

Isidro fue un buen estudiante de segunda enseñanza y sus padres se empeñaron en que siguiese estudiando. Mediante un gran esfuerzo económico, y con la esperanza de que su hijo pequeño pudiese alcanzar el ascenso social deseado, lo enviaron a estudiar Medicina a Barcelona, ciudad en la que permaneció durante siete años, entre 1917 y 1924. A partir de ese momento, gozará del afecto especial y de la influencia de la familia Bonmatí, cuyo patriarca, Severino Bonmatí, regentaba la confitería Cañizares, e influiría de forma determinante en su hijo Casimiro y en el propio Isidro, compañeros de instituto en Murcia, para que ambos se hiciesen médicos. Con este objetivo, los dos fueron enviados a Barcelona, donde comenzaron a frecuentar los círculos republicanos y masónicos de la ciudad. Isidro desarrolló, además, sus prometedoras capacidades deportivas, llegando a pertenecer a la plantilla del club de fútbol Español de la ciudad condal.

Tras obtener la licenciatura de Medicina en noviembre de 1924, pocos meses después (a comienzos del año 1925) regresó a Cartagena,

donde comenzó a ejercer como médico y a frecuentar los clubes y tertulias de la burguesía intelectual local, haciéndose socio del Ateneo y afiliándose al entonces clandestino Partido Radical-Socialista y a la Liga Laica. La clave de su definitivo ascenso social fue su creciente amistad con el círculo familiar del jefe de los servicios sanitarios de la ciudad, el doctor Mas Gilabert, así como, especialmente, con el doctor Aurelio Mas Cardona, con cuya hija Manuela se casaría en 1928. Por esas fechas, su consulta era ya muy conocida en la ciudad y sus buenos oficios médicos despertaron la admiración de otros colegas locales, especialmente de sus amigos Antonio Ros y Casimiro Bonmatí.

15

12 1/5

BOLETIN DE INSCRIPCION

D... *Isidro Pérez San José*.....
 residente en Cartagena provincia de Murcia, con do-
 micilio en... *Palas*.....núm. *8, A*
 de profesión... *Médico*....., se adhiero a
 la "Liga Nacional Laica", señalando una cuota de
una peseta,... qts. que abonará ~~mensualmente~~
~~trimestralmente~~ *trimestralmente* por giro postal al Contador de
 la misma.
 Cartagena... *17* de *Septiembre* de 1930.
Isidro Pérez

MAD
 394/52
 61

Figura 2. Boletín de inscripción de Isidro Pérez San José en la Liga Laica de Cartagena, con fecha septiembre de 1930

Ideales republicanos

En esos años finales de la década de los 20, Cartagena era uno de los núcleos fundamentales del republicanismo español, donde estaba fuertemente arraigado en todos los grupos sociales y se mantenía muy activo en la memoria colectiva de la ciudad desde medio siglo antes. En los años anteriores a la proclamación de la Segunda República, los intelectuales del círculo del doctor Pérez San José compartían el sentimiento y la convicción de que el país tenía que hacer una firme

apuesta por el tipo de desarrollo socioeconómico que había fructificado en la ciudad de Cartagena, por lo que, a la existencia de un liderazgo sólido y bien articulado y de unos medios de expresión consolidados y al servicio de unos ideales muy concretos, como eran la ilusión común que significaba la posibilidad de cambiar el Estado, se uniría el contar con algo muy importante: el respaldo popular en una ciudad con hondo arraigo republicano, desde la experiencia de medio siglo antes de la Sublevación Cantonal de 1873, durante la Primera República.

Parece evidente que las vinculaciones políticas del joven Isidro hay que buscarlas en su relación con los Bonmatí. Esta familia, originaria de la provincia de Alicante, había mantenido viva durante más de cien años la llama del republicanismo. Severino Bonmatí Vicedo, confitero de profesión y descendiente de aquellos apasionados federalistas que participaron en la experiencia cantonal (como fue el caso de Antonio Bonmatí Caparrós, presidente de la Asamblea local de la Cruz Roja durante el periodo de la Sublevación Cantonal de Cartagena de 1873, que desarrolló arriesgados servicios sanitarios en varias de las expediciones terrestres y navales de los cantonales y durante los duros bombardeos de la ciudad), fue el formador de toda una generación de jóvenes progresistas que poco después serían protagonistas, como alcaldes, concejales e incluso diputados, de la política de la ciudad en los años 30 del siglo XX. En su confitería, y en los ateneos republicanos de las calles Mayor y San Antón, se reunían muchos jóvenes, como Julio Casciaro Parodi, Luis Romero Ruiz, Luciano Fructuoso, José María Hernansáez, Marcial Morales, Francisco Balsalobre, César Serrano, Francisco Pérez Lurbe, Julio Escudero, Vicente Noguera, José López Vicedo, Ricardo Zamora, Ramón Navarro Vives, Antonio Miralles, José Martínez, Diego Cegarra y Alejandro del Castillo.

Isidro Pérez San José recibía del viejo militante republicano un trato especial por su relación con su hijo Casimiro, también republicano convencido, como todos ellos, y médico dermatólogo, el cual, durante el franquismo, y hasta su muerte en los años 60, sería una de las principales figuras de la política cartagenera y el símbolo vivo del humanismo republicano, así como la estampa y el reflejo de lo que realmente quiso ser la República. Isidro, por tanto, se educó ideológicamente dentro de este grupo político, al que sería fiel hasta el momento final de su exilio.

En este nuevo movimiento estético y político de los años 20 y 30, el doctor Pérez San José y sus jóvenes colegas Antonio Ros y Casimiro Bonmatí se perfilaban ya como los grandes líderes locales del nuevo tiempo que se avecinaba. Su postura personal estuvo inequívocamente orientada hacia la defensa de la República y el pensamiento progresista desde un modelo de acción política que tenía como centro y escenario de actividades la ciudad de Cartagena. Isidro se encontraba, por aquel entonces, en una etapa de maduración y de aprendizaje, preparándose para ser un gran político y un lúcido estadista. Este compromiso con su país y con sus paisanos se intensificaría a partir del año 1929, momento en el que el doctor Antonio Ros abandonó la capital madrileña con el encargo de revitalizar en Cartagena el Partido Radical-Socialista (grupo escindido de la antigua Alianza Republicana en 1929 y encabezado por José Salmerón, Marcelino Domingo y Félix Gordon), y en el que se produjo la renovación en sus cargos directivos locales. Los Bonmatí fueron relegados a un segundo plano y surgió entonces con fuerza una nueva directiva presidida por Antonio Ros, que contó con el apoyo principal de Isidro Pérez San José y del joven maestro de origen murciano Ramón Navarro Vives, que solo dos años después llegaría a alcanzar el acta de diputado.

El análisis político del grupo republicano encabezado por Antonio Ros e Isidro Pérez San José se basaba en la búsqueda de la serenidad y de la reflexión en unos momentos que consideraban muy delicados e incluso peligrosos y, al mismo tiempo, trascendentales para España. Pensaban que a los pueblos ya no se les podía seguir gobernando al dictado en pleno siglo XX y escamoteándoles su soberanía, aunque fuesen dóciles, porque a medio plazo estos pueblos se comportarían de forma desquiciada, sin ningún tipo de reflexión, tino, termómetro, guía, ni idealismo. Por todo ello, creían firmemente que había llegado ya el tiempo y el momento definitivo de solucionar una situación que podía llegar a ser irremediable a corto plazo.

Pero, en diciembre de 1930, los acontecimientos se precipitaron. La Dictadura de Primo de Rivera entró en una crisis irreversible y en todo el país se comenzó a preparar un gran movimiento ciudadano, en el cual la Cartagena del Cantón se convierte en uno de sus principales centros. La sublevación se prepara y los socialistas cartageneros organizaron una huelga general, mientras que los republicanos dirigidos

por Gregorio Marañón les comunicaron en una reunión celebrada en su *Quinta* de las afueras de Madrid (a la que también asistieron, junto con los grandes líderes republicanos del momento, Antonio Ros y Casimiro Bonmatí), que se concentraran en sus Ateneos locales y que luego se manifestaran de forma espontánea en las calles de sus respectivas ciudades. Al conocerse en Cartagena que los socialistas preparaban una revuelta obrera, los republicanos decidieron también concentrarse frente al ayuntamiento y en el puerto.

El Gobernador Civil de Murcia, Paulino García Franco (un militar sin significación política definida), declaró el Estado de Guerra, y, como respuesta al movimiento insurgente, el agonizante régimen monárquico decidió encarcelar a los responsables de la conspiración en la ciudad (en total unas veinte personas), que fueron trasladados a la nueva Cárcel Provincial de Murcia. Isidro Pérez San José no fue detenido porque, al estar visitando a un enfermo, no pudo ser localizado en el momento de producirse las detenciones. Los republicanos de Murcia (curiosamente en esta ciudad no detuvieron a nadie), especialmente Moreno Galvache, Ruiz del Toro, Martínez Moya y Carrillo del Valle, velaron en todo momento para que no les faltase de nada y el propio Gregorio Marañón, a través de Casimiro Bonmatí, mantuvo comunicación con ellos en todo momento. Les asistieron como abogados Mariano Ruiz-Funes (catedrático de Derecho Penal de la Universidad de Murcia, hombre de confianza de Manuel Azaña y uno de los más destacados dirigentes de la coalición Alianza Republicana en la provincia), Miguel Rivera y José Loustau.

La experiencia republicana

La llegada de la República supuso la integración definitiva de nuestro personaje en los centros de reunión y conspiración política de la burguesía intelectual progresista cartagenera. Su ascenso a la vida política está relacionado con el éxito de su partido en las elecciones generales: los radical-socialistas, con tres escaños, habían demostrado su tirón electoral, la capacidad de organización y de movilización de sus militantes, y la existencia de líderes de talla en Cartagena, como Isidro Pérez San José (que fue nombrado miembro de la ejecutiva y obtuvo acta de concejal en el nuevo Ayuntamiento de la ciudad), Antonio Ros

y Ramón Navarro Vives, el último de los cuales sería elegido diputado nacional del Partido Radical Socialista por el distrito de Cartagena (con 4.156 votos, que suponían el 25,76% del total de los votos emitidos).



Figura 3. Cabecera del diario de la tarde *La Voz*, con la noticia de la proclamación de la II República española, publicada el mismo martes 14 de abril de 1931

Parece evidente la relación entre el republicanismo cartagenero y la masonería, pues no en vano uno de sus más importantes dirigentes, el marino y diputado cartagenero Ángel Rizo Bayona (también recientemente elegido diputado nacional por el Partido Radical, con 7.893 votos y el respaldo del 49% de los electores cartageneros) llegaría a ser Gran Maestre Nacional. El estudio del expediente de Isidro Pérez San José nos indica que el político cartagenero se integró, tal y como dictaba la moda, en una de las seis logias masónicas de la ciudad, que agrupaban a más de 250 afiliados, pertenecientes, casi en su totalidad, a la burguesía y a la clase intelectual, y vinculados, todos ellos, a las diversas formaciones políticas. La variada adscripción política de sus afiliados impidió hasta 1936 la vinculación como tal institución de las grandes logias cartageneras (entre las que destacaban *Atlántida* y *Libertad*) al régimen republicano. Isidro Pérez San José, como otros muchos políticos de la época, vio en la Masonería un medio para poder ayudar a sus semejantes, relacionarse con otros intelectuales de la ciudad y, también, de obtener mayores influencias a nivel individual. Cuando poco después fuera nombrado alcalde de Cartagena, y aunque directamente la organización no llegara a ser un órgano claramente influyente en la vida política local, Isidro Pérez San José se serviría de las sesiones masónicas como bálsamo curativo y como medio para superar los agrios enfrentamientos municipales de aquellos complicados días, pues no en vano nueve concejales de la corporación municipal del momento eran también masones.



Figura 4. Comisión Pro Aguas de Cartagena. Isidro Pérez San José, en el centro de la fotografía, es el tercero por la izquierda de los sentados en la primera fila

Isidro Pérez San José se integraría en la logia *Aurora*, al ser en ella en la que militaban sus compañeros de partido y de profesión médica Antonio Ros y Luís Romero¹, manteniendo también una estrecha relación de amistad y de compromiso republicano con el dirigente local del Partido Radical Ángel Rizo Bayona, oficial de Marina nacido en La Coruña en 1891 y fallecido en el exilio mexicano en 1955. De igual manera, y a pesar del paulatino distanciamiento político de ambos una vez llegada la República, siguió manteniendo una buena amistad y compartiendo banco de concejal con Casimiro Bonmatí, que perteneció a instancias de su padre (el concejal Severino Bonmatí), a la Logia *Tolstoi*, lo cual compatibilizaba, y además con indudable eficacia, con sus muchos compromisos públicos y su carácter de católico practicante.

La proclamación de la República supuso para nuestro personaje la integración como concejal en la vida pública de la ciudad de Cartagena. Sin embargo, sus paralelos éxitos profesionales le impidieron aceptar integrarse en la política nacional, aunque sí le permitieron desarrollar una brillante carrera como regidor y una rápida evolución desde posiciones iniciales de segunda fila a un paulatino ascenso a la primera línea de la vida pública cartagenera, que culminarían con su ascenso a la propia alcaldía de la ciudad.

¹ Expediente Ángel Rizo Bayona. Archivo Nacional de la Guerra Civil de Salamanca.

Alcalde de Cartagena

Las elecciones municipales de 1931 tuvieron un enorme significado político y una relevancia histórica que fue más allá de su mero resultado electoral, como fue la proclamación de la Segunda República española. El proceso electoral posibilitó el acceso al poder local en las principales ciudades españolas de mayorías de gobierno republicanas y con políticos pertenecientes a la pequeña burguesía intelectual, los cuales, a pesar de los continuos cambios de mayoría, convirtieron los poderes municipales en centros de acción política democrática. Las listas electorales se habían confeccionado en virtud de unos pactos que favorecieron a las diferentes minorías republicanas en detrimento de un Partido Socialista que desconocía todavía su verdadera presencia social y su auténtica potencial electoral. El ayuntamiento de Cartagena se convierte, a partir de ese momento, en un verdadero microcosmos, en parte de un pluriverso municipal a nivel nacional donde, a través de las actas capitulares, se puede desentrañar la evolución política, la formación de mayorías, los intereses creados, la personalidad de las elites de poder, los proyectos gestados y la conexión con la realidad social y cultural, así como las relaciones con otras instituciones civiles y religiosas, políticas, económicas y culturales² locales, tanto provinciales, como nacionales.



Figura 5. Fotografía de Isidro Pérez San José en su etapa de alcalde de Cartagena

2 Martínez Marín, A.: *La representatividad municipal española: historia legislativa y régimen vigente*. Anales de la Universidad de Murcia. Murcia, 1989. P. 34.

Al día siguiente de la proclamación de la República, el 15 de abril de 1931, ocupó el ayuntamiento de Cartagena una gestora provisional formada por los tres concejales más votados en las recientes elecciones municipales. El objetivo era dar entrada a la bandera tricolor, símbolo de la nueva República, lo cual se hizo con el acompañamiento de una enorme muchedumbre que ocupaba no solamente el palacio municipal, sino también numerosas plazas y calles adyacentes. Y el protagonista de nuestro artículo, el ya flamante concejal Isidro Pérez San José, uno de los ediles más votados por la ciudadanía (obtuvo 1.485 votos), participaría activamente en todos los actos que se llevaron a cabo durante esos memorables días. Tras reunirse con el resto de los concejales republicanos en el vecino centro republicano de la calle del Escorial, en la misma mañana del 15 de abril, y junto a los nuevos representantes municipales, entró en las casas consistoriales a los acordes de La Marsellesa y del Himno de Riego, participando en diferentes desfiles y manifestaciones populares que se organizaron, en las que lanzó repetidos vivas a la República y se dirigió a la multitud con palabras de ánimo y de esperanza. Dos días después, el 17 de abril, y siguiendo las instrucciones marcadas por el nuevo gobierno de la República establecido en Madrid y presidido por Niceto Alcalá-Zamora, tomaría posesión el nuevo equipo municipal de Cartagena, entre el que se encontraba Isidro Pérez San José.

En este acto histórico, y con absoluta normalidad y legalidad, que incluyó la rúbrica del notario Fausto Suárez Pérez, el último alcalde monárquico de la ciudad Julio Mínguez Molero) hizo entrega del poder municipal al concejal más votado, Severino Bonmatí Vicedo, quien había obtenido un total de 1.559 votos. Severino Bonmatí fue designado presidente de la mesa electoral que debía de elegir, de entre ellos, al nuevo alcalde, a pesar de su inicial negativa, y a propuesta, precisamente, de Isidro Pérez San José. El acuerdo entre los concejales hizo que Bonmatí, que también era candidato, sólo obtuviese su voto frente a los 44 de Francisco Pérez Lurbe, perteneciente al grupo Alianza Republicana, que, tras dicha votación, se convertiría en el primer alcalde de la nueva Cartagena plenamente democrática y republicana.

Al doctor Pérez San José se le ofreció integrarse en el equipo de gobierno, pero su situación familiar (en aquellos momentos tenía una hija de escasos meses y su mujer se encontraba de nuevo embarazada) y su

actividad laboral, le hicieron desistir, al tratarse de un momento de gran debate político y en completa libertad, que requería de mucha dedicación de los políticos comprometidos con el cambio, debido a la inestabilidad reinante, los repetidos enfrentamientos de todo género y condición y del cambio prácticamente continuo que se produjo al frente de la alcaldía de la ciudad. Este espíritu de sano enfrentamiento democrático (con el paréntesis de la suspensión de los ayuntamientos democráticos en 1934) duraría hasta prácticamente el mes de septiembre de 1936, cuando el gobierno central de Largo Caballero intervino finalmente los gobiernos locales e impuso un estado revolucionario y de guerra.

El primer alcalde cartagenero de la República, el citado Francisco Pérez Lurbe, siguiendo los consejos de la dirección de su partido (especialmente del doctor Antonio Ros), que ya controlaba totalmente la formación política y el grupo municipal) impulsó un nuevo estilo, cercano al “reformismo tranquilo”, a la “revolución de terciopelo” que pretendían los republicanos denominados “de orden”. Y, dentro de esta nueva situación, Isidro Pérez San José sería comisionado por el nuevo alcalde para supervisar diferentes partidas presupuestarias municipales.

En el nuevo ambiente de libertades y participativo de los primeros días de la República eran muy frecuentes en la vida municipal de Cartagena los debates políticos de todo tipo, en los que muchos ciudadanos acudían masivamente a los plenos y participaban y jaleaban a los políticos en las sesiones municipales. Isidro Pérez San José, como buen conocedor de la expectación creada ante el nuevo fenómeno de la democracia popular, exponía abiertamente sus ideas y las de su partido, aprovechando las ansias de libertad del pueblo y el beneplácito con el que eran acogidas las nuevas reformas. Y era evidente que, como suele suceder cuando la sociedad demanda insistentemente una renovación y un cambio, del género que sea, el pueblo acogía con agrado las novedades y, desde luego, en una Cartagena como la de 1931, en la que la política estaba de moda.

Pronto comenzó a existir en el consistorio una gran inestabilidad a causa de las crecientes diferencias de planteamientos y de estilos presentados por los republicanos y los socialistas, a lo que se uniría el rechazo institucional de los partidos de la derecha y la enorme fragmentación de todos los sectores políticos. Francisco Pérez Lurbe,

primer alcalde republicano de Cartagena, comenzó a apartarse de las filas progresistas por sus enfrentamientos con los concejales del Partido Socialista, que formaban parte de la coalición de gobierno y que reprochaban al alcalde su mano firme frente al “amiguismo” y los disturbios callejeros. Finalmente, y a pesar del apoyo y de la simpatía demostrada por el resto de la Corporación, la opinión pública y toda la prensa acabarían obligando a que se produjera un cambio en la alcaldía (materializado en el pleno celebrado el 3 de junio de 1931) y la cesión de la alcaldía al primer teniente de alcalde Luís Romero Ruiz (también perteneciente al partido Alianza Republicana). Una figura política se eclipsaba y una nueva surgía, y en esa nueva situación Isidro Pérez San José sería nombrado segundo teniente de alcalde del municipio, con lo cual, sus responsabilidades municipales aumentaban. Pero no se avecinaban buenos tiempos: la crisis política continuó durante los meses de junio y julio de 1931, debido a que los socialistas rompieron su coalición de gobierno con los republicanos. El resultado de la crisis fue la dimisión el día 8 de agosto del nuevo alcalde Luis Romero y de todo su equipo municipal, y su sustitución, tres días después, por el socialista Amancio Muñoz Zafra, en virtud del apoyo *contra natura* del grupo cartagenerista.

Siete meses más tarde, el 25 de marzo de 1932, y tras dimitir también Amancio Muñoz (es decir, con tres alcaldes en apenas once meses), se eligió finalmente como nuevo alcalde a Isidro Pérez San José (integrado en el Partido Republicano Radical, fundado en julio de 1929 por Álvaro de Albornoz y Marcelino Domingo Sanjuán), que fue la única persona que conseguirá mantener la calma y el sosiego en los graves momentos de tensión que se vivieron en el ayuntamiento durante el primer año de la nueva y esperanzadora República. La elección se planteó como una solución interina y provisional, obligada por la necesidad de mantener, a toda costa, la normalidad institucional en un delicado momento en el que se iba a producir, apenas cuatro días después, la visita del presidente de la República a Cartagena, ciudad que había sido designada, precisamente, como centro de la celebración del primer aniversario de la proclamación del nuevo régimen.

La visita a Cartagena del Presidente de la República

A pesar de la responsabilidad que suponía para el Ayuntamiento la visita de la primera autoridad nacional, todo terminaría desarrollándose de forma correcta, pues tanto Isidro Pérez San José, como el presidente de su partido, Antonio Ros, habían participado en la organización del viaje presidencial, que se llevó a cabo por la amistad que ambos mantenían con el ministro de su partido Marcelino Domingo Sanjuán (ministro de Instrucción Pública del primer gobierno provisional de la República, y, desde mediados de diciembre de 1931, ministro de Agricultura del nuevo gobierno presidido por Manuel Azaña), acrecentada tras la proclamación de la República y la formación de sus primeros gobiernos. Ellos habían ido monopolizando (ante la pasividad de los socialistas) la organización de la visita del ministro y del presidente de la República a Cartagena, prevista para el día 29 de marzo de 1932. El día 15 de ese mes le habían enviado por carta el programa de los festejos de Semana Santa y de la Fiesta en Homenaje a la República, del que el ministro había sido nombrado “mantenedor”.

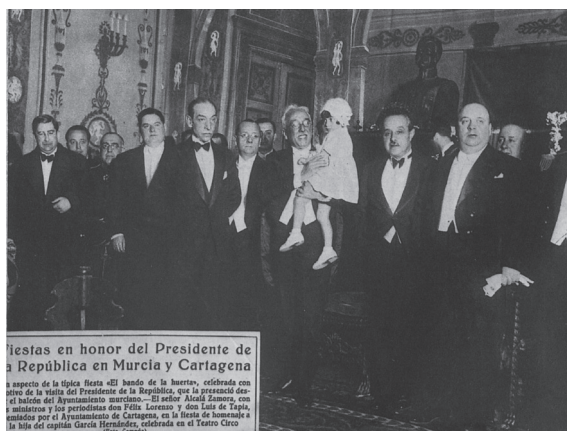


Figura 6. El presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora (con la hija del histórico capitán de infantería Miguel Ángel García Hernández en brazos), en el Ateneo de Cartagena, durante su visita a esta ciudad el 29 de marzo de 1932. El nuevo alcalde Isidro Pérez San José es el segundo por la izquierda de la primera fila de la fotografía, y a la izquierda de Marcelino Domingo (ministro de Agricultura), mientras que, en primera posición por la derecha, aparece Indalecio Prieto (ministro de Obras Públicas y de Fomento)

La comitiva presidencial que visitó Cartagena la completaban los ministros Marcelino Domingo (Agricultura), Álvaro de Albornoz (Justicia) e Indalecio Prieto (Obras Públicas y Fomento). Isidro Pérez San José recibió en el despacho del ayuntamiento al presidente Niceto Alcalá Zamora, que fue investido con el bastón de mando municipal y firmó en el libro de honor de la corporación. Posteriormente, ocupó asiento junto a él en el acto de revista de las tropas en el Arsenal y se dirigieron a presidir unas pruebas de inmersión en la base de submarinos. Tras el almuerzo, el presidente Alcalá Zamora permaneció en la ciudad con el alcalde, mientras el ministro de Agricultura se dirigía, con Antonio Ros, al vecino pueblo minero de La Unión para inaugurar la Glorieta Marcelino Domingo y el grupo escolar del mismo nombre, construido gracias a la gestión de Antonio Ros.

Por la noche, visitaron los salones del Ateneo, donde el presidente de la República tomó en brazos, y como símbolo de homenaje, a una hija del histórico capitán de infantería García Hernández, héroe póstumo y “*mártir de la causa republicana*”³ (sublevado en Jaca el 12 de diciembre de 1930 contra la monarquía de Alfonso XIII, donde proclamó la República, y fusilado dos días después en Huesca). Quedaron como testimonio histórico la presencia del Jefe del Estado en la ciudad y las palabras pronunciadas por el ministro Marcelino Domingo en el Teatro Circo, que pueden considerarse suficientemente expresivas del sentimiento de ilusión de muchos republicanos cartageneros y españoles de los años 30, cuyos sentimientos se verían truncados por la coyuntura socioeconómica, los odios y el ascendente radicalismo político de las sociedades occidentales en aquel tiempo.

Su labor al frente de la alcaldía de Cartagena

En aquellos días de principios del año 1932, Isidro Pérez San José, fortalecido por el evidente éxito de la visita presidencial, decidió presentarse como candidato a la alcaldía, pretendiendo, con ello, convertir su mandato interino en definitivo. A pesar de la escasez de tiempo, fue el único alcalde de su época que pudo y supo plantear a los

3 Sobre esta visita destacamos el relato aparecido en la prensa local: - “El Aniversario de la República” (*El Porvenir*; 15 de abril de 1932).- “El Aniversario de la República” (*El Eco de Cartagena*; 15 de abril de 1932).

ediles un programa de gobierno municipal realmente serio y centrado en el análisis de los principales problemas reales de la ciudad, que, según él, eran los siguientes:

1º Cultura: Pretendía basar su programa cultural en el apoyo de las iniciativas particulares de la Universidad Popular, el Ateneo y los centros culturales de la ciudad.

2º Beneficencia: Planteaba realizar un plan global de acción social.

3º Vivienda: Proyectaba activar el programa de construcción de viviendas en el ensanche, las llamadas “Casas Baratas” encargadas a la empresa CISA.

4º Desempleo: Aspiraba a mantener las presiones sobre el gobierno para conseguir favores y soluciones para los ciudadanos de la comarca, especialmente en relación con la problemática de la Sierra Minera de Cartagena-La Unión.

En esta línea de actuación, Isidro Pérez San José propuso también construir un reformatorio e intentar mantener la tradicional autonomía local con respecto de los poderes central y regional en algunas parcelas de la actividad municipal, como sería el caso concreto de la sanidad, que él conocía especialmente, por su profesión de médico. Su elección definitiva como alcalde tuvo lugar en la sesión del día 8 de abril de 1932, obteniendo un respaldo de 17 concejales frente a solo cuatro abstenciones, lo cual reflejaba que su elección había sido producto de un amplísimo consenso, que suponía un verdadero milagro político para los tiempos que corrían, pues consiguió, nada más y nada menos, que el apoyo de 17 concejales de diferentes fuerzas progresistas, en un momento en el que existía una enorme desunión dentro de los republicanos y un gran enfrentamiento con los socialistas. Y todo ello se debió a que su prestigio personal era tan grande tras la visita presidencial a Cartagena, que nadie se atrevió a votar en contra de su elección.

Pero pronto comenzaron a recrudecerse los problemas, ya que, pasado el compromiso de la visita, los socialistas quisieron recuperar el control de la alcaldía. Y, en la sesión del 24 de junio se romperían las hostilidades, al presentar el concejal socialista Céspedes una moción

dirigida directamente al alcalde y solicitando una inspección gubernativa para depurar una serie de actuaciones del equipo municipal en las que se denunciaban posibles indicios de corrupción administrativa, así como su incapacidad para el cargo. En dicha sesión, el alcalde pidió un voto de confianza, que ganó con el apoyo de los radicales-socialistas de su grupo, de los radicales y del antiguo alcalde Pérez Lurbe, contando en total con 13 votos a favor, frente a los 7 en contra de los socialistas y del independiente Manuel Dorda.

Finalmente, en un pleno en el que sólo permaneció hasta el final el alcalde y el citado concejal independiente Manuel Dorda, se acordó solicitar una “inspección gubernativa” que estudiase la labor política de todos los alcaldes desde que se instauró el nuevo régimen. El día 22 de julio, los socialistas volvieron a presentar una moción de censura contra Isidro Pérez San José, el cual, molesto y dolido ya con el grupo socialista, terminaría, finalmente, dimitiendo de su cargo de alcalde en la sesión municipal del 30 de septiembre de 1932. Y es que la vida municipal volvía a languidecer, con la reaparición de importantes problemas estructurales, que Isidro Pérez San José ya no pudo resolver.

Como solución momentánea a la nueva crisis municipal surgida, se acordó que la alcaldía volviera otra vez a Francisco Pérez Lurbe (de Alianza Republicana), figura de gran prestigio en la ciudad como primer alcalde republicano y, posteriormente, Presidente de la Cámara de Comercio y de la Junta del Puerto de Cartagena.

Crisis de la República: la Guerra Civil y el Golpe de Casado

En realidad, todos los grandes proyectos de la Segunda República comenzaron a desvanecerse tras la llegada al poder de los partidos de la derecha, con los que se dio comienzo a una crisis institucional y política que resultó muy negativa para el propio régimen republicano. Resulta evidente que, dentro del período republicano, el Bienio Reformista había constituido una etapa de inicio de grandes y prometedores proyectos reformistas, en los que colaboraron muchos políticos de la Generación del 27, como Isidro Pérez San José, Antonio Ros, Casimiro Bonmatí y los concejales cartageneros que militaban en los partidos Radical, Radical-Socialista y Acción Republicana, que formaban un núcleo con

un perfil bastante parecido. Las elecciones de febrero de 1936 pusieron de manifiesto la existencia de dos modelos muy distintos de entender el nuevo estado: uno de clara tendencia reformista y progresista, defendido por las minorías republicanas dirigidas por el presidente Azaña y por el sector más moderado del Partido Socialista Obrero Español; y otro modelo más autoritario, rupturista y excluyente, representado por dos bandos claramente enfrentados: por un lado, los que pretendían la formación de una república conservadora tradicionalista y militarizada (similar a la que representó el ala derecha de la III República francesa entre 1870 y 1940) y, por otro, el liderado por los partidos y grupos políticos que pretendían construir una república obrera o una sociedad federal y libertaria (a imagen y semejanza de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas). El triunfo electoral del Frente Popular a mediados de febrero de 1936, liderado por Azaña y que aglutinaba a prácticamente todos los partidos de la izquierda española (como el Partido Socialista Obrero Español, Izquierda Republicana, Unión Republicana, Partido Comunista Español, Partido Sindicalista, Partido Obrero de Unificación Marxista, Partido Galleguista, y que además contó con el apoyo de la UGT, la CNT-FAI, la Izquierda Radical Socialista y el Front d'Esquerres catalán), había supuesto la ruptura de los planteamientos reformistas y democráticos de los intelectuales republicanos, apartados cada vez más de los centros de poder, especialmente tras la ascensión de Manuel Azaña a la Jefatura del Estado. Este hecho, que fue respondido con el alzamiento militar del 18 de julio de 1936, cerraba definitivamente un período de la historia de España y daba comienzo a unos terribles años de odio y de lucha fratricida, que acabarían con la propia Segunda República española.

En esos históricos días del comienzo de la contienda civil, Isidro Pérez San José, aunque retirado de la vida política municipal cartagenera, forzado por las circunstancias del momento, continuó su particular trayectoria en favor de las libertades y la convivencia pacífica, en una empresa que fue considerada legítima mientras ostentó cargos de representación política. Pero, con la radicalización de la política nacional y la imposición, cada vez más, de comportamientos extremos, intolerantes y excluyentes, las actuaciones moderadas de los republicanos históricos comenzaron a ser consideradas como sospechosas de traición al nuevo poder que ostentaba la izquierda radical.

"harruti"

44

BOLETIN DE INGRESO

Isidro Pérez San José, de 24 años, profesión
 Médica, domicilio Canalajas
 núm. 9, partido político Socialista
 carnet núm. 214, organización sindical U.G.T.
 carnet núm. 22, solicita ingresar en el Socorro Rojo Internacional.
 Canalajas, a 9 de Enero de 1937

(Firma)

PRESENTADO POR

(Firma)

Número de los carnets

IMP. OBERGÁN-CARTAGENA

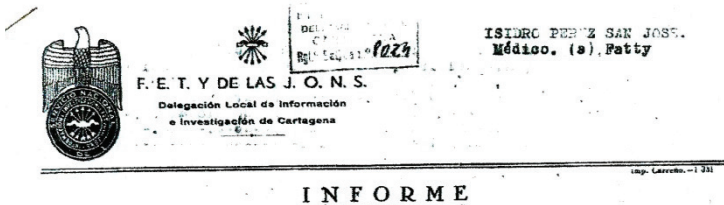
Figura 7. Boletín de ingreso en el Socorro Rojo de Isidro Pérez San José, con fecha de principios del mes de enero de 1937

En este contexto de los primeros años de la Guerra Civil, el doctor Pérez San José decidió integrarse en la UGT y en el PSOE, a pesar de no compartir la forma en la que se estaban llevando las cosas en la zona republicana, decisión que completó con su ingreso, como médico, en el Comité Local del Socorro Rojo Internacional, con objeto de poder seguir sirviendo y ayudando a sus conciudadanos. En aquellos años volvió a tomar cierto protagonismo y a ser una persona influyente a nivel local, permitiéndose de nuevo realizar diversas gestiones encaminadas a la mejora de la comarca del Campo de Cartagena. En el año 1938, y como otros muchos republicanos de la época, se integraría también en el Cuerpo de Carabineros de la República, como lugarteniente médico, siendo destinado al frente de Valencia, en el que asistiría, y de forma directa, a los horrores de la Guerra Civil y a los últimos episodios de la contienda, que se cerrarían con la triste diáspora de los republicanos tras la derrota final.

Perdida prácticamente la guerra, decidió regresar a Cartagena. La Guerra Civil española tocaba a su fin, y la salida de España del presidente de la República y el reconocimiento internacional del régimen de Franco frustraron los últimos planes del presidente Negrín, que encabezaba el grupo de dirigentes partidarios de resistir a toda costa esperando la internacionalización de un conflicto que afectaba ya gravemente la estabilidad de una Europa totalmente convulsionada

tras la reciente consumación de la anexión de Austria (el *Anschluss*) por la Alemania de Hitler a principios del mes de marzo de 1938. Por primera vez desde el comienzo de la Guerra se empezaba a especular sobre lo que sería España si triunfase Franco, y el editorial del periódico *Cartagena Nueva* del 21 de enero de 1939 (“Nada hay perdido, mientras no esté perdido todo”), es un claro exponente de esta desesperada situación final, que centraba ya sus únicas esperanzas en una deseada intervención de las potencias democráticas:

“Los fascistas quieren concluir esta guerra antes de que las democracias -acobardadas, envilecidas, representadas por hombres que colocan sus intereses capitalistas por encima de la conveniencia de su nación- despierten frente al crimen inaudito que Italia y Alemania cometen en el suelo mártir de España. Frente a ello, frente a todo y todos, sabemos que el tiempo es nuestro mayor aliado para la victoria final”.



Marxista exaltado con anterioridad al C.A.F. -En las elecciones del 1931, hizo activísima campaña para instauración de la República, presentándose como candidato republicano para la Alcaldía y siendo elegido Concejal, pasando después a ser Teniente Alcalde y después Alcalde de esta Ciudad, en cuyos cargos hizo labor destructora, perseguiendo a los Obreros religiosos y a los elementos derechistas de Cartagena. -Fue elemento muy activo en la propaganda en favor de los candidatos de izquierdas en cuantas elecciones se llevaron a efecto. -Actuó como dirigente en la huelga revolucionaria de octubre del 1934, exaltando a las masas para que se tiraran a la calle por lo que fue detenido y conducido a Murcia. -Estaba afiliado al Partido Radical Socialista. -Desde el micrófono en sus propagandas decía "que había que matar a todos los Falangistas y Fascistas". -Actuó de apoderado del frente popular en las elecciones del 1936. -Posteriormente ingresó en el Partido Socialista. -El alzamiento le sorprendió en Cartagena cuando los primeros momentos incondicionalmente a los ordenes de los capitales del frente popular. -Durante el transcurso del mismo gozó de trato de favor por parte de los marxistas, dedicándose a escapar cargos que los que desprecia a sus

Figura 8. Informe de la “Delegación local de Información e Investigación de Falange Española en Cartagena” sobre el exalcalde Isidro Pérez San José, en el que se le califica de “marxista exaltado”

Las derrotas militares y la ocupación de la mayor parte del territorio peninsular por los nacionales activaron el trabajo de la quinta

columna en Madrid y en Levante, últimos bastiones de la resistencia republicana. Paralelamente a estos hechos, los dirigentes políticos que todavía seguían defendiendo Madrid (Julián Besteiro y Wenceslao Carrillo) comenzaron a abogar por una solución pacífica que acabara lo más rápidamente posible con el conflicto y el sufrimiento de la población. El coronel Segismundo Casado planeó la entrega de la base naval de Cartagena y la flota republicana allí fondeada, así como llevar a cabo un golpe de estado en Madrid que les posibilitara poder pactar con Franco una “rendición honrosa” y todavía (según pensaba él, aunque ilusamente) con “ciertas condiciones”. Nada de esto se consiguió y el golpe de timón pretendido generó en las plazas a rendir una situación absolutamente ambigua y caótica, que terminó creando, entre otras cosas, el enfrentamiento armado entre los diferentes grupos que todavía defendían a la República, así como el hundimiento frente a Cartagena del buque *Castillo de Olite* (considerado por el historiador Luis Miguel Pérez Adán como la mayor tragedia naval de la Guerra Civil española). Según los planes inicialmente establecidos, la sublevación del 4 de marzo de 1939 en Cartagena tendría que ser un complemento necesario y fundamental dentro de los planes del coronel Casado, aunque, finalmente, terminaría convirtiéndose en una enrevesada sucesión de diferentes tramas conspirativas de las dos principales facciones del menguado poder republicano, a las que se uniría otra tercera encabezada por los todavía activos integrantes de la quinta columna de Cartagena, que desencadenaron duros enfrentamientos armados en varias instalaciones militares y baterías de costa existentes en la ciudad, así como en su poderosa base naval.

A partir del fracaso en la batalla del Ebro, muchos de los militares profesionales del Ejército Popular de la República pensaban que la guerra estaba ya material e irremisiblemente perdida y que, por tanto, debía buscarse su finalización de la forma más rápida y digna posible, considerando que un “acuerdo entre militares” de ambos bandos todavía era posible si se dejaba fuera de las negociaciones a los comunistas del gobierno de Negrín y del Ejército Popular. El militar que encabezaba esta tendencia era el que tenía en ese momento la posición más comprometida: el coronel Segismundo Casado López, al mando del denominado Ejército del Centro, el cual, a finales del año 1938, se reunió en Madrid con Juan Negrín y con el general José Miaja Menant (jefe del Grupo de Ejércitos de la Región Central -GERC-), para plantearles

la idea de una posible mediación militar. Al oponerse el presidente del gobierno (Juan Negrín) se convirtió él mismo en un obstáculo a derribar. Pocos meses después, y tras la caída de toda Cataluña en febrero de 1939, lo que empezó como una propuesta se convirtió en una verdadera conspiración, pues Casado inició los contactos con el otro bando, señalando, y sin ningún tipo de tapujos, que su intención era dar un golpe de estado que terminara con el gobierno de Negrín y con los comunistas que le apoyaban. Franco le respondió rápida y concisamente, indicándoles que la guerra ya estaba irremisiblemente perdida para los republicanos y que, por tanto, ya no había más opción que la rápida rendición y sin ningún tipo de condiciones, lo cual facilitaría la “benevolencia” posterior de los vencedores.

Existe constancia documentada de que Casado se reunió con los generales Miaja, Matallana, Escobar, Menéndez y Moriones, y que éstos se comprometieron a apoyarlo, y que de igual manera lo hizo con el socialista Julián Besteiro. A comienzos de febrero de 1939, y tras regresar de Francia, Juan Negrín pudo comprobar que sus apoyos eran cada vez menores y que en la mayor parte de las ciudades todavía controladas por la República abundaban las conspiraciones y los desencuentros entre los diferentes sectores republicanos. El día 12 de febrero, y ya en Madrid, Negrín se reunió con el coronel Casado, que ya preparaba en secreto la rendición desde al menos un mes antes, trasladándose después a Elda, lugar donde permaneció al frente del gobierno. Su salida de Madrid precipitó el reconocimiento de Francia y de Gran Bretaña al gobierno de Burgos como el legítimo de España y la consiguiente renuncia a la Presidencia de la República de Manuel Azaña, que fue sustituido por Diego Martínez Barrio.

La sublevación contra el gobierno de Negrín comenzó el día 2 de marzo, en el momento en el que el presidente Negrín comunicó a Casado y a Matallana su decisión de cesarlos de sus respectivos puestos, lo cual representaba la declaración de guerra abierta entre comunistas y anticomunistas. Los militares conspiradores se negaron a aceptar su cese y los hechos se precipitaron cuando Casado regresó a Madrid sin mayores problemas y facilitó la salida de la capital de los ministros del gobierno. Tres días más tarde (el 5 de marzo) comenzaba el golpe de estado en la capital del país.



Figura 9. Noticias en el periódico *La Voz del Combatiente* sobre las negociaciones de rendición iniciadas por el Consejo Nacional de Defensa, con fecha 27 de marzo de 1939

La sublevación en Cartagena del 4 y 5 de marzo de 1939

En el contexto histórico de los últimos meses de la Guerra Civil española, los hechos acaecidos en Cartagena terminaron resultando determinantes para poder explicar los momentos finales del conflicto fratricida. Su arsenal y su base naval (que constituían las principales instalaciones de la Marina republicana en toda su zona de control), con todo el grueso de la Flota fundada en su bahía, junto con todas sus

defensas de castillos, fortalezas, baterías de costa y antiaéreas de que disponían, y el hecho de ser su puerto el principal punto de entrada de los envíos de armamento y de alimentos de la ayuda soviética, la convirtieron en un lugar de vital importancia estratégica para la ya agonizante República. La ciudad departamental era, por aquel entonces, la séptima ciudad más importante de España en cuanto a población. Tenía, además, lo que muy pocos lugares de España poseían: un pasado liberal y republicano marcado por una importante presencia de la ciudad en todos los conflictos que afectaron al país en la época contemporánea (Guerra de la Independencia, conspiraciones y revoluciones burguesas del siglo XIX, y Sublevación Cantonal de 1873 durante la Primera República). Cartagena era una ciudad conocida por el esplendor de sus minas, su experiencia liberal, su fértil círculo cultural y, también, por ser un hervidero de intrigas. La presencia en la ciudad de agentes consulares y de espías de las más importantes potencias europeas, desde la época de la Sublevación Cantonal de 1873 y de la Primera Guerra Mundial de 1914-1918, es un hecho muy a tener en cuenta a la hora de valorar el aletargamiento militar de una plaza llamada a tener una relevancia decisiva en la estrategia naval republicana durante toda la Guerra Civil.

Cartagena es conocida en la historiografía del periodo bélico por los sufrimientos de su población durante los bombardeos aéreos que sufrió (del orden de medio centenar, según diferentes fuentes bibliográficas, 14 de los cuales se produjeron, precisamente, durante los primeros meses del año 1939), y por el hecho de haber sido la última plaza importante de la zona republicana en caer en manos de los nacionales. Pero militarmente el grueso de la flota naval republicana, fondeada en su rada hasta el final del conflicto (sufriendo intensos bombardeos en posiciones de inacción verdaderamente innecesarias), tuvo una influencia secundaria en el desarrollo del conflicto, aunque mantuvo una entidad y un poder militar potencial y político casi independiente. Los miles de documentos de los archivos civiles y militares existentes nos trasladan a un escenario de luchas intestinas en el interior de Cartagena entre diferentes facciones que apoyaban a la República, la presencia de una activa quinta columna pro franquista y la sorprendente permanencia durante todo el conflicto de un imponente entramado de espionaje dirigido por el poderoso cónsul alemán Karl Fricke.

El jueves 2 de marzo de 1939 el diario local *Cartagena Nueva* anunciaba en su cabecera el nombramiento de Diego Martínez Barrio como nuevo y último presidente de la República, mientras que el destacado dirigente republicano M.P. Cerdón publicaba su revelador artículo titulado “Los momentos más duros”, en el que, relajada ya la censura y decaídos los últimos ánimos de resistencia, definía el panorama que se vivía en Cartagena durante aquellos últimos días de la guerra civil de la siguiente forma:

“Nacionalmente más gastados. Internacionalmente más solos. Con una duda en cada alma y una acechanza en cada esquina. Gana la calle la acechanza cobarde y el comentario podrido. Las voluntades oscilan y la moral colectiva se degrada (...). ¡De cuán poco valdría la heroicidad de dos años y medio si la debilidad o cobardía de alguien rompiera la evolución normal de los hechos!

Nuestra retaguardia ha vivido en plena guerra con más libertad que otras naciones en estado normal. Esta libertad se ha ampliado de tal modo que parece libertinaje”.

A la hora en la que aparecieron estas noticias en Cartagena ya se sabía que el comandante de la Flota republicana, el capitán de corbeta Miguel Buiza Fernández-Palacios (al que el gobierno de la República le había encomendado, el 20 de julio de 1936, el mando del crucero *Libertad* y por dos veces la jefatura de la Flota republicana, la primera entre el 2 de septiembre de 1936 y el 27 de octubre de 1937, y una segunda vez entre febrero de 1939 y el final de la guerra) estaba implicado en el golpe planeado por Casado (a quien había prestado públicamente apoyo en la reunión del alto mando celebrada semanas antes –concretamente, el 16 de febrero pasado- con Negrín en la Base Aérea de Los Llanos, de Albacete, conocida como “Posición Yuste”) y que había convocado, en la misma mañana del 2 de marzo, y sin ningún tipo de ocultaciones ni secretos, a los mandos militares y civiles de la flota para informarles de que un consejo militar iba a sustituir por la fuerza al gobierno de Negrín. La reunión de Cartagena tuvo lugar a bordo del crucero *Miguel de Cervantes* (en aquellos momentos buque insignia de la Flota republicana) y todos los comandantes de las distintas unidades navales que asistieron a la reunión, junto con el jefe de Estado Mayor de la Flota (teniente de navío Gregorio Gómez Meroño), estuvieron de

acuerdo en entregar la flota y la base a Franco. El presidente Negrín, conocedor de los hechos, reaccionó nombrando nuevo jefe de la Base Naval de Cartagena, y en sustitución del general Carlos Bernal, al coronel de ideología comunista Francisco Galán Rodríguez (hermano del histórico mártir de la República Fermín Galán, sublevado en Jaca el 12 de diciembre de 1930 y fusilado dos días después en Huesca en compañía del también capitán de Infantería Ángel García Hernández).

Ese mismo día (jueves 2 de marzo), aparecieron en toda la prensa todavía afín a la República unas declaraciones del Director General de Seguridad afirmando que la tranquilidad en Madrid y en todas las ciudades fieles a la República era absoluta y que, por tanto, no había que dar mayor importancia a ciertos rumores que corrían por los mentideros políticos. Sin embargo, algo debió de preocupar verdaderamente al presidente del gobierno, cuando decidió que al día siguiente se trasladase a Cartagena el mismo ministro de la Gobernación, Paulino Gómez, para informar a las autoridades locales de la férrea voluntad de resistencia del Gobierno y respaldar con su presencia el nombramiento de Francisco Galán. Pero en Cartagena los ánimos de los resistentes estaban realmente muy alterados: el editorial del citado periódico *Cartagena Nueva* de aquel día hablaba ya de la extenuación del pueblo, de su falta de energía, del desmoralizante abandono de Francia e Inglaterra al régimen republicano, e incluso de la “traición” de Alcalá-Zamora y la “deserción” de Azaña, llegando a asegurar que “España no ha tenido jefes ni líderes. La masa ha estado por encima de sus dirigentes”.

Y ese fue el caldeado ambiente que encontró el ministro Paulino Gómez a su llegada a Cartagena, pues prácticamente todos los jefes militares locales, tras enterarse del exilio del presidente de la República, y desaparecida ya toda posibilidad real de resistencia y con el poder bajo el control de mandos comunistas, terminarían rechazando sus argumentos de continuar con la contienda. Ante este panorama, Negrín decidió que la 206ª Brigada Mixta (perteneciente a la 10ª División del XXII Cuerpo de Ejército del Ejército de Levante, con base en Buñol, Valencia), mandada por el comandante Artemio Precioso y de conocida fidelidad a su gobierno, se dirigiese rápidamente a Cartagena y que, con su presencia, garantizase y protegiera la toma de posesión de Francisco Galán como nuevo jefe de la Base Naval.

En aquellos momentos (primeros días del mes de marzo de 1939), la situación en Cartagena era extremadamente complicada. A la falta de moral ya imperante en la ciudad tras soportar dos duros años de bombardeos casi continuos de sus instalaciones portuarias y navales, se unía la ya citada desunión de los diferentes grupos republicanos y el reforzamiento del sector casadista, partidario, este último, de la rendición inmediata. Y a toda esta embrollada situación interna, había que añadir el oportunista resurgimiento de algunos integrantes residuales de la “Quinta Columna” local, nuevamente reaparecidos en la ciudad a pesar de la represión selectiva que se había llevado contra ellos en los primeros momentos de la guerra, y que, en estos momentos, se dividían en dos grupos principales: uno al servicio de la causa de Franco y otro a las órdenes directas del cónsul alemán en la ciudad, el poderoso e intrigante Carlos Fricke. Estos grupos de “quintacolumnistas” locales (que en Cartagena se estimaban en unas quinientas personas, encabezadas por el médico odontólogo Antonio Bermejo Sandoval y el director de la Caja de Ahorros local Antonio Ramos Carratalá, y entre las que, sorprendentemente, también se encontraba el antiguo alcalde republicano Francisco Pérez Lurbe, perteneciente al Partido Alianza Republicana) estaban infiltrados en todos los sectores de la actividad pública de la ciudad, y en su mayoría eran miembros del Ejército y de la Policía, desde cuyos puestos (y como sospechaba el propio gobierno de Negrín) conspiraban para entregar la base y la flota a los nacionales. Desde finales del año 1938 el número de sus componentes y su impunidad de actuación iban en aumento, lo cual generaba entre los mandos de la base todavía leales a la causa republicana un ambiente de sospecha prácticamente constante. Este hecho hizo acrecentar los celos y las acusaciones entre las distintas facciones de los partidos y organizaciones políticas implicadas en la resistencia local, y así parece indicarlo toda la documentación manejada, en la que se refleja que, en aquellos días de los últimos meses de la guerra, fueron muy frecuentes y numerosos los traslados y las degradaciones de personas sospechosas de “relajación, colaboracionismo o falta de implicación” en una causa que la mayoría consideraba ya irremediabilmente perdida.

Tras una jornada aparentemente tranquila, durante la noche del sábado 4 de marzo de 1939 se produjo finalmente la sublevación en Cartagena, cuyo resultado más llamativo sería la ocupación de la base naval y las instalaciones portuarias. El máximo responsable del golpe

fue el capitán de navío Fernando Oliva, jefe de Estado Mayor de la base, que contó con la asistencia del coronel de Artillería Gerardo Armentia y del comandante de Estado Mayor (retirado del servicio y también quintacolumnista) Manuel Lombardero Vicente. A las doce de la noche se dirigieron a la Comandancia de Marina (emplazada, en aquellos días, en el actual edificio de los Servicios Generales de la Armada de la Muralla del Mar), donde se presentaron ante el nuevo jefe de la base, coronel Francisco Galán, al que le exigieron que presentase inmediatamente, y por escrito, su renuncia. La madrugada del domingo 5 de marzo fue muy larga, pues el teniente coronel de Artillería Arturo Espá, conocedor de todos los preparativos que se estaban gestando y siguiendo instrucciones concretas del Cuartel General de Burgos, mandó a sus seguidores ocupar las baterías de costa, desplazando así del mando a los gubernamentales y casadistas. A partir de ese momento los acontecimientos se precipitaron rápidamente. Los medios de comunicación escritos fueron clausurados y las radios locales proclamaron, bajo el son de marchas militares y el grito de “Arriba España”, que la plaza estaba ya a las órdenes de Franco. En esa mañana de domingo las canciones que marcaron una época comenzaron a escucharse por las calles, mientras que los edificios públicos se llenaban de banderas rojigualdas. Los sublevados nombraron nuevo jefe de la base naval al general de Infantería de Marina en la reserva Rafael Barrionuevo, y como segundo de la base al teniente de navío de la Armada Fernando Oliva Llamusi (ascendido a capitán de corbeta por los republicanos, que le nombraron comandante del destructor *Almirante Valdés*, con el que participó en el combate de Cabo de Palos del 6 de marzo de 1938 mandando la 2ª Flotilla de destructores, y, posteriormente, Jefe del Estado Mayor de la base naval), los cuales comenzaron rápidamente a militarizar la plaza en un ambiente de crispación generalizada, entre las que se incluyeron huidas en masa y precipitadas y ajustes de cuentas.

El gobierno de Franco conoció, pocas horas después, el desarrollo de los acontecimientos de Cartagena, ordenando inmediatamente que desde Castellón y Málaga se dirigiese a Cartagena una treintena de buques de guerra y de transporte de tropas, destacando entre ellos la presencia del crucero *Canarias*, preparado en unas pocas horas para transportar una fuerza de ocupación de más de 20.000 hombres. Es bien conocido que Franco dio la poco acertada orden de iniciar la operación por mar de ocupación de Cartagena, a pesar de contar con la opinión en contra

de los principales mandos de la Marina nacional, que la consideraron muy arriesgada, mientras no se tuviera la absoluta seguridad de disponer del control de las baterías de costa y de los castillos artillados de la plaza, recomendando un desembarco alternativo, y más seguro, en la bahía de Portman, para, desde allí, realizar una operación por tierra hacia Cartagena. Pero Franco no atendió las más expertas opiniones de los mandos de la Armada, y, además, incluso se desentendió del seguimiento de las actuaciones siguientes, por encontrarse, al parecer, “aquejado de unas molestias”.

Curiosamente, esa misma mañana, el coronel Francisco Galán, que todavía permanecía en libertad, pudo hablar por teletipo con el presidente Negrín, el cual no debió de enterarse muy bien de lo que realmente estaba sucediendo en Cartagena (y de la verdadera gravedad e importancia de los hechos), a juzgar por las instrucciones que le dio Galán, a quien aconsejó evitar al máximo toda posible situación de violencia y buscar una solución pactada, al tiempo que ordenaba el desplazamiento a la ciudad del subsecretario de Marina, Antonio Ruiz, para que asumiera el mando de la plaza y de su base naval. A esta tensa situación, se uniría un nuevo bombardeo aéreo de la línea del puerto de Cartagena, llevado a cabo por la aviación franquista durante esa misma mañana (y esta vez sin resistencia alguna por parte de las baterías aéreas republicanas), que alcanzó e inmovilizó a los destructores *Sánchez Barcaiztegui*, *Gravina* y *Lazaga*, los cuales, desde ese momento, quedaban imposibilitados de poder emprender una rápida salida de la bahía, en el caso de que esta se estimara conveniente.

Por la tarde, la caótica y esperpéntica situación de Cartagena era conocida ya en toda España de una forma superficial, aunque los dos máximos responsables de las acciones de guerra de ambos bandos, Franco y Negrín, parece ser que nunca fueron realmente conscientes de toda la verdadera magnitud de lo que se estaba gestando realmente y de sus posibles consecuencias. Y, por si algún ingrediente dramático todavía faltaba, el dirigente comunista Jesús Hernández, Comisario General del Ejército, decidía enviar a Cartagena a la 4ª División y a una unidad de tanques estacionadas como reserva en Archena, a cuyas fuerzas se uniría la Brigada 206.



Figura 10. Efectos en el destructor *Sánchez Barcaiztegui* de los bombardeos de la aviación nacional sobre la Base Naval de Cartagena del 5 de marzo de 1939

La salida de Cartagena de la Flota republicana con destino incierto

En aquella intensa jornada del 5 de marzo, el general Barrionuevo, siguiendo un plan preconcebido, dio de plazo hasta las 12:30 horas de la tarde a la flota republicana para salir de la bahía, amenazándola con que de no hacerlo, sería bombardeada por las baterías de costa y la aviación franquista. La complicada situación creada obligó a que los mandos de la Flota republicana (Miguel Buiza, Antonio Ruiz y Bruno Alonso, junto con el coronel Francisco Galán) se reunieran urgentemente a bordo del crucero *Miguel de Cervantes*, y que, al parecer, siguiendo las indicaciones del propio presidente del gobierno, Juan Negrín, optaran por abandonar la plaza antes de que expirase el plazo exigido por los sublevados. No cabía otra solución razonable, porque las amenazas de las baterías de costa sublevadas y de la aviación franquista podían hacerse realidad en cualquier momento y producir graves averías en otras unidades navales que el gobierno de Negrín pretendía preservar para poder utilizarlas en facilitar y proteger la salida de España del mayor número posible de autoridades republicanas y, con ello, evitar que cayeran en manos de las fuerzas de Franco. Encerradas en la rada de Cartagena, las unidades navales eran un blanco muy fácil para las baterías y los aviones enemigos. Por tanto, había que hacerlas salir de Cartagena lo antes posible, aunque su salida era irreversible y de

un recorrido limitado, porque la escasez de carburante a bordo de los buques (y la inexistencia de él en otros puertos todavía en manos de la República, como Valencia o Alicante) obligaba a que tuvieran que dirigirse lo más pronto posible a un puerto extranjero (para intentar refugiarse) o arriesgarse a quedar sin combustible y convertirse en una presa fácil para el enemigo.

Tomada la decisión de la necesaria salida de la flota, esta se hizo pública en la ciudad y en pocas horas cientos de civiles y militares partieron de Cartagena con un destino todavía incierto. Entre los embarcados se encontraba nuestro protagonista, el doctor Pérez San José, que dejó en Cartagena a su familia, llevándose únicamente su pasaporte y unos pocos efectos personales, con los que partió hacia el exilio junto a otras personas que también temían por su integridad física. Y el temor era doble, porque algunos, como era el caso del doctor Pérez San José (antiguo alcalde de la ciudad, militante socialista y miembro del Socorro Rojo) temían la represión franquista, mientras que otros, como era el caso de los militantes de la CNT, recelaban de la posible revancha de los miembros de la 206ª Brigada comunista que ya entraban en la ciudad.

La flota salió finalmente de Cartagena a las 12:08 horas del mediodía del domingo 5 de marzo (aunque todas sus unidades tenían activadas sus calderas desde la madrugada pasada), después de que la emisora de la Flota en Los Dolores (controlada, en esos momentos, por el alférez de navío Federico Vidal de Cubas, excomandante del destructor *Lepanto*, del que había sido desembarcado por haber intentado pasarse con su buque a la zona nacional) comenzara a lanzar mensajes al bando nacional de que “Cartagena estaba con Franco”, y de que a las diez y pocos minutos de la mañana se produjera un nuevo bombardeo de la aviación nacional, que dañó los destructores *Sánchez Barcaiztegui*, *Alcalá Galiano*, *Lazaga* y *Gravina*. Activados por estos últimos acontecimientos, primero salieron las dos flotillas de destructores (con el destructor *Almirante Antequera* a su cabeza) y después los cruceros *Miguel de Cervantes* (con el alcalde Pérez San José a bordo), *Libertad* y *Méndez Núñez*, mientras que el submarino *C-4* seguía otro rumbo distinto, aunque con la intención de llegar al mismo puerto de destino que se le indicara.

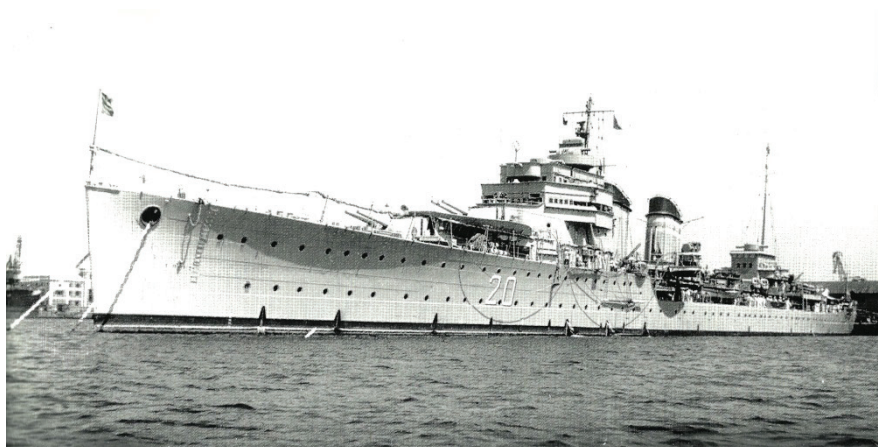


Figura 11. Crucero *Miguel de Cervantes*, a bordo del cual el exalcalde Isidro Pérez San José saldría de Cartagena a mediodía del domingo 5 de marzo de 1939 rumbo al exilio

Durante toda la tarde y noche del 5 de marzo se recibieron en la flota multitud de mensajes radiotelegráficos muy contradictorios y de dudosa procedencia, que crearon una gran confusión a bordo de los buques, y, pocas horas después (ya en las primeras horas de la madrugada del lunes 6 de marzo) se les radiotelegrafaron desde la estación de Portman dos mensajes con la orden del ministro de Defensa (cargo que ostentaba el propio presidente Negrín), de regresar inmediatamente a Cartagena, porque la ciudad y la base naval ya estaban nuevamente en manos de las fuerzas leales a la República. Tras los reiterados mensajes recibidos y las consiguientes dudas que crearon, el capitán de corbeta Miguel Buiza (que ostentaba el mando de la Flota desde febrero de ese mismo año, aunque anteriormente ya lo había sido en otra ocasión, entre septiembre de 1936 y octubre de 1937), decidió regresar nuevamente a Cartagena, de acuerdo con las órdenes recibidas del presidente Negrín. El doctor Pérez San José fue testigo de un acalorado debate entre el teniente de navío Manuel Núñez Rodríguez, Jefe del Estado Mayor de la Flota (anteriormente comandante de los destructores *Churruca*, *Ulloa* y *Jorge Juan*, y, posteriormente, del crucero *Miguel de Cervantes* y jefe de la 2ª Flotilla de destructores en enero de 1939), partidario de dirigirse a un puerto francés (animado por los anarquistas) y los que eran partidarios de regresar a Cartagena, en cuyo grupo se encontraban los negrinistas

y algunos republicanos y comunistas desorientados. Pero, como los mensajes cruzados que se captaban en los barcos seguían siendo muy confusos (pues todos aseguraban tener el control de la ciudad de Cartagena y nadie todavía lo tenía realmente), y parecía confirmarse el éxito del golpe casadista en Madrid, Buiza rectificó su decisión inicial y ordenó continuar la travesía hacia algún puerto del Norte de África (inicialmente se pensó en Orán, en la Argelia francesa, por ser el puerto extranjero más próximo Cartagena) pues el combustible de los buques escaseaba y la situación en Cartagena continuaba siendo incierta, como el propio destino de la República Española, en la que el coronel Casado se denominaba ya a sí mismo “presidente” del nuevo Consejo Nacional de Defensa recientemente creado en Madrid. Las alocuciones radiofónicas de Cipriano Mera, Casado y Besteiro contra Negrín y los comunistas, provocaron a bordo de los buques todavía republicanos maniobras ciertamente extrañas (varios cambios de rumbo e intentos de algunos buques de desobedecer las órdenes de Buiza y regresar a Cartagena, como fue el caso del destructor *Almirante Antequera*, que intentó maniobrar para salir de la formación, pero que fue evitado por los destructores *Gravina* y *Escaño* que se pusieron en sus bandas para impedirselo), que supusieron el inmediato arresto, ya de madrugada, de algunos destacados socialistas y comunistas por parte de ciertos oficiales leales a Buiza.

Paralelamente a estos hechos, y mientras la flota republicana ponía rumbo a Orán (Argelia francesa), el general Franco ordenaba, a primeras horas de la tarde del lunes 6 de marzo, el desplazamiento a la zona del SE de los barcos que debían llevar a cabo la ocupación de Cartagena, desconociendo que, en esos mismos momentos, la 206ª Brigada republicana acababa de entrar en la ciudad, tras de lo que ocupó la Jefatura de la Base y de la Intendencia de la Armada (situada en la Muralla del Mar) y comenzó a atacar los principales enclaves militares controlados por los sublevados. Durante esa misma noche, las fuerzas republicanas enviadas por el presidente Negrín ocuparon el arsenal y algunas baterías de costa todavía en manos de los sublevados, junto con la central telefónica y el suministro de energía eléctrica de la ciudad, de forma que, pocas horas después de salir la flota republicana, un submarino que había sido ocupado por los sublevados (el C-2, al mando del coronel de Artillería Luis Monreal Pilón) hizo lo propio, partiendo rumbo a las Baleares con cerca de 70 líderes franquistas locales a bordo.

Al día siguiente (martes 7 de marzo), y al comprobarse que la plaza volvía a estar en manos de los republicanos y que peligraba enormemente su entrada en la bahía, los buques enviados por Franco recibían la orden del contraalmirante Francisco Moreno Fernández de suspender la operación de desembarco y de regresar rápidamente a sus puertos de partida. Todos los barcos obedecieron la orden recibida, menos uno de ellos, el *Castillo de Olite*, que tenía la radio estropeada (o que, incluso, según otras versiones, carecía de dicha instalación a bordo) y que, por tanto, no pudo captar el mensaje de retirada. Cuando ya se encontraban muy próximos a la bocana del puerto de Cartagena y observaron por simples medios visuales que la bandera tricolor republicana seguía ondeando en los edificios públicos y en los castillos y baterías de costa, intentaron virar rápidamente y salir a alta mar y fuera del radio de alcance de las baterías, pero ya era tarde. En esos momentos se produjeron dos escenas paralelas: en cubierta del buque prisas y pánico incontrolado, mientras que en la batería de costa de *La Parajola* (situada en el flanco derecho o sur de la bahía) el capitán de Artillería Antonio Martínez Pallarés se negaba a disparar sobre el buque de transporte, aunque la célula comunista que acababa de asumir el mando de las instalaciones, le obligaba, bajo la amenaza de las armas, a que se hiciera fuego sobre el mismo, y tras unos primeros disparos de la batería poco precisos, conminó a los artilleros a que afinaran su puntería cuando el buque ya parecía haber conseguido abandonar la zona exterior de la bahía de Cartagena. El resultado de todo ello sería un impacto directo de un proyectil disparado por una de sus piezas de 15,24 cm, que alcanzó la santabárbara del buque, haciéndola estallar y hundiendo el navío en pocos minutos, lo que dejó un balance de 1.477 fallecidos, 342 heridos de diferente gravedad y 293 prisioneros, que convirtieron el desgraciado acontecimiento en el más sangriento episodio naval de toda la contienda y, además, ya del todo innecesario, al producirse apenas unos días antes del final de la guerra y cuando ya la suerte estaba irremisiblemente echada, para ambos bandos.

Rumbo a Bizerta y entrega de la Flota republicana a las autoridades francesas

A primeras horas de la mañana del lunes 6 de marzo, la Flota republicana recibía un comunicado de las autoridades francesas en Argelia en el

que le ordenaban que se dirigieran al puerto de Bizerta (en el vecino protectorado francés de Túnez), al existir en dicho lugar una base naval francesa con las condiciones adecuadas para hacerse cargo de la flota republicana, caso que no ocurría en Argel. Bruno Alonso, comisario político de la flota republicana, describiría así la travesía de 24 horas hasta Bizerta:

“A las siete de la mañana la flota ponía rumbo a Bizerta. Los órdenes del mando fueron acogidas sin reparos y con satisfacción por todos, los cuales momentos antes, parecían aterrorizados por mis requerimientos de regresar a Cartagena. El propio Galán expresaba su satisfacción, acaso porque la creación del Consejo Nacional de Defensa le hacía suponer que su regreso a España no le proporcionaría nada grato”.

Siguiendo las instrucciones del jefe de la Flota de permanecer en perfecto estado de “disciplina, uniformidad y corrección”, a su llegada a las costas tunecinas (en la misma noche del 6 de marzo) los buques republicanos fueron escoltados por dos torpederos franceses hasta el antepuerto de Sidi-Halem (ya en la amplia Laguna de Bizerta), donde permanecieron unos días hasta situarse en su emplazamiento definitivo frente a la Base Naval de Bizerta, momento sobre el que el ya citado Bruno Alonso comentaría lo siguiente:

“A las once de la mañana del día 11 de marzo -aunque otras fuentes documentales indican que fue en la mañana del 7- entrábamos en Bizerta. Para muchos aquello era la salvación y la seguridad. Pero en mi ánimo, como en el de muchos, no cabía el regocijo, ni siquiera la tranquilidad espiritual que proporciona a muchos el encontrarse a salvo”.

Un crucero y varios cañoneros de la *Armée de la Mer* francesa salieron a su encuentro. Dos oficiales subieron a bordo de la nave capitana de flota republicana (el crucero *Miguel de Cervantes*), donde les comunicaron a Buiza y al comisario jefe Bruno Alonso que los buques serían entregados próximamente a las autoridades nacionales españolas, consiguiendo así dejar anulada la última baza de los republicanos, que era seguir controlando su flota para garantizar una evacuación ordenada y organizada, lo cual precipitaría la rápida salida de España, en la misma tarde del 6 de marzo, del gobierno de Negrín al completo, junto

con la mayor parte de la cúpula del Partido Comunista. Los últimos defensores de la República Española (muchos de los cuales, cinco años más tarde, concretamente el 26 de agosto de 1944, entrarían vitoreados en París con la 9ª Compañía de la 2ª División Blindada francesa de la denominada “Francia Libre”, mandada por el general Leclerc), fueron tratados, al pisar por primera vez suelo bajo control francés, con verdadera discriminación y dureza. Rápidamente se produjo la entrega y el desarme total de los buques, mientras todos sus tripulantes y pasajeros eran sometidos a una estricta vigilancia y todo su armamento de mano requisado. Poco después, todos los exiliados republicanos eran desembarcados, fichados como verdaderos delincuentes y sometidos a un riguroso control médico.



Figura 12. Isidro Pérez San José, en el centro de la fotografía y tocado con boina negra, con varios compañeros durante su exilio en Túnez

Los oficiales y los comisarios políticos de la flota se encargaron de ordenar el desembarco de sus dotaciones y militantes, así como de transmitirles las instrucciones que les habían comunicado las autoridades de acogida francesas.

Los españoles huidos de Cartagena precipitadamente tan solo llevaban consigo algunos pocos efectos personales y un poco de dinero. Analizando diversas fuentes documentales, se estima que del puerto de Cartagena salieron rumbo a Bizerta unas 4.300 personas (destacando especialmente la figura del alcalde y político socialista de la ciudad

Isidro Pérez San José, motivo principal de este artículo), de los cuales la mayoría la constituían las propias dotaciones de los buques (estimadas en el 81% del total de los desembarcados), un 16% marinos y militares de la base naval y de la guarnición de Cartagena, y un 3% civiles y familiares. Algo más de la mitad regresaría a España pocas semanas después, cuando el contralmirante Salvador Moreno Fernández llegó a Bizerta para hacerse cargo de la denominada “Flota Recuperada” (hecho que será motivo de otro artículo posterior), embarcando en el vapor *Marqués de Comillas*, el 4 de abril (tres días después del final oficial de la Guerra Civil española), a 2.278 personas con el estatuto de “sospechosos”, junto con un pequeño grupo de 79 marinos ya integrados entre la tripulación, que finalmente llegaron a Cádiz dos días después. El resto, alrededor de otras 2.000 personas (conocedores de que estaban fichados y procesados en rebeldía por las autoridades nacionales) optaron por permanecer en suelo francés, entre ellos cinco comandantes de la flota. El prototipo del exiliado cartagenero llegado a Túnez en marzo de 1939 fue el de un varón de unos 40 años de edad, casado y con familia, con implicaciones políticas y militares durante la guerra, y que, normalmente, viajaba solo, mientras que sus familiares habían decidido permanecer en España.

La estancia en Túnez y en los duros campos de internamiento

Entre los que voluntariamente decidieron permanecer en Túnez se encontraban el jefe de la Flota republicana, Miguel Buiza, así como Diego Marón, jefe de Estado Mayor y comandante del crucero *Miguel de Cervantes*; el también jefe de Estado Mayor, Vicente Ramírez; José Esteve, comandante del crucero *Méndez Núñez*; el segundo comandante del crucero *Miguel de Cervantes*, Rafael Menchaca; el segundo comandante del crucero *Libertad*, Francisco Amenaza; el oficial de derrota del crucero *Méndez Núñez*, José Soto; el segundo comandante del destructor *Almirante Valdés*, Manuel Azcune; el comandante del destructor *Almirante Antequera*, Pedro Marcos; el capitán de fragata destinado en el destructor *Almirante Miranda*, David Gasca; el teniente de navío del destructor *Almirante Valdés*, Juan Oyarzábal Oruete; el teniente de navío del submarino *C-4*, Eugenio Calderón Martínez; y el teniente de navío destinado en el destructor *Ulloa*, Álvaro Calderón Martínez (hermano del anterior).

La gran mayoría de los exiliados fueron varones, pues solo se tiene constancia de que salieran de Cartagena con la flota 21 mujeres y 5 niños (recluidos todos ellos en un asilo de Bizerta). Muchos optaron (cuando fueron finalmente liberados) por dirigirse a otros lugares del territorio francés, de forma que el día 9 de agosto de 1939 solo permanecían ya en Túnez unas 1.400 personas.

El empeño de las autoridades francesas de repartir a los refugiados españoles supuso un serio problema en el caso de Bizerta, pues aunque su base naval era utilizada de forma habitual por los franceses bajo el estatuto de “protectorado”, el territorio seguía perteneciendo formal y oficialmente al Bey de Túnez, que no había reconocido todavía al gobierno de Franco. Para poder justificar la operación tuvieron que argumentar la existencia de un precedente jurídico, como fue el de la acogida de la flota del ejército blanco de Rusia en 1920. Pero la oposición socialista, que reclamaba la tradicional política francesa de no devolver el armamento incautado a potencias extranjeras, organizó una sonora manifestación de protesta en el puerto de Bizerta el mismo día en que se producía el regreso de la “flota recuperada” en dirección a Cádiz (el 4 de abril), que llegó a ser de tal calibre, que los buques (ya con mandos y dotaciones de la Marina nacional) debieron salir del citado puerto en situación de “zafarrancho de combate”, ante la actitud hostil y los insultos que les proferían desde los muelles los manifestantes comunistas concentrados, lo que obligaría a que tuviera que intervenir la Gendarmería francesa. A este respecto, y pocos días antes de estos hechos, el diario local *Tunisie Socialiste* publicaba, el día 28 de marzo, el siguiente comentario editorial:

“Puede que los cañones que hoy devolvemos al dictador Franco algún día apunten hacia nuestra Patria (...)”.

Muchos reclamaban una compensación económica para la ciudad por tener que albergar a tanto refugiado de guerra y la opinión pública local se dividió en relación tanto a su derecho de permanencia en Túnez, como al estatus de ciudadanía que debía concedérseles. Los socialistas denunciaron el trato denigrante que les habían dado las autoridades francesas y reclamaban que se les tratase “como hombres libres”, pues así habían sido calificados en un primer momento por el Residente General francés del protectorado (el máximo representante

de Francia en Túnez) Eric Labone, y que se mejorasen sus condiciones de vida, al haber sido confinados y aislados en una de las zonas más inhóspitas del sur del país (los campamentos de Meheri-Zebbeus, Maknassy y Kasserine). Asimismo, los representantes sindicales denunciaban las duras condiciones de explotación de los citados campos de internamiento, en los que los exiliados españoles trabajaban muy duramente y con unos salarios ínfimos.

Por su parte, los sectores más conservadores del protectorado (e incluso de la metrópoli) expresaban públicamente su recelo, su miedo y su rechazo hacia personas que calificaban como “revolucionarios” y “alborotadores”. Temían que pudiesen organizar disturbios y defendían su internamiento por razones sanitarias derivadas del choque biótico, a la vez que reclamaban que no se les diese trabajo fuera de los campos de internamiento. Por todo ello, su inserción en la sociedad tunecina no fue nada fácil, pues, al contrario de lo que sucedía en la plaza de Orán (que había recibido emigrantes y refugiados políticos españoles desde el siglo XIX), no había muchas relaciones previas entre ambas poblaciones. Y el problema se agudizaría aún más con el paso de los días, cuando fueron realmente conscientes del problema que se les avecinaba a la hora de tener que realojar, en una población demográficamente poco numerosa, a los más de 2.000 españoles en edad laboral que habían decidido permanecer en Túnez. Muchos fueron presionados para enrolarse en la Legión Francesa (como lo haría el propio capitán de corbeta Miguel Buiza, en la que llegó a alcanzar al grado de comandante) y los que no lo hicieron fueron trasladados a las regiones mineras del sur, donde permanecieron bajo estricta vigilancia militar, sufriendo numerosas enfermedades e incluso fallecimientos, como consecuencia de los frecuentes cambios alimenticios y de las duras condiciones climáticas de la región.

Por lo general, los refugiados españoles fueron tratados como verdaderos reclusos y su situación fue denunciada a varios organismos internacionales por los partidos y sindicatos de izquierdas, que se movilizaron para conseguir enviarles medicinas y alimentos. En los campamentos de *Meheri-Zebbeus*, *Maknassy* y *Kasserine* (en el último de los cuales fue internado el doctor Isidro Pérez San José) los internados trabajaban en los cultivos de hortalizas prácticamente de sol a sol y cobrando sueldos mínimos. Uno de los aspectos que

más llama la atención (y que denota el alto grado de ideologización de una importante parte del Ejército francés de la época) es el hecho de que a los refugiados españoles incluso les prohibiesen la lectura de prensa considerada de izquierdas o simplemente progresista. Hubo varios intentos de huida apoyados por voluntarios de izquierdas y por habitantes de las zonas de reclusión, que conocían su situación ilegal de acuerdo con el derecho internacional y las presiones que sufrían a diario para forzarles a regresar a España. Y, en muchos casos, lo más duro era la incertidumbre sobre el futuro que les esperaba, junto con la imposibilidad de comunicarse con sus familias, y, en este sentido, resulta revelador el testimonio expresado en sus memorias por el comisario jefe de la flota, Bruno Alonso:

“Pasados dos días, nuestro almirante me informa de que al día siguiente saldrá para el campo de concentración al que somos destinados la primera expedición, con la cual, por orden del almirante francés, debo salir. Me dice que han sido inútiles sus ruegos para que me exceptuara de esta primacía y se me permitiera que marchase al mismo tiempo que él, pero las autoridades francesas han estimado conveniente que sea de los primeros en partir. En efecto, al día siguiente salía con los restantes comisarios y un numeroso grupo de refugiados para el campo de Maknassy. En esta expedición vienen también los jefes de la Base, Galán, Morell, Adonis, y el subsecretario de Marina, señor Ruiz”.



Figura 13. Los exiliados españoles (en su mayoría todavía con sus uniformes de la Marina republicana) en la estación ferroviaria desde la que se les enviaría a los distintos campos de internamiento y de trabajo en el interior de Túnez

En la estación ferroviaria de partida hacia sus campos de internamiento, a los refugiados españoles se les hacía una ficha policial completa y se les instalaba, de pie, en los vagones de cola de los convoyes ferroviarios. Tal y como señala Victoria Fernández Díaz en su excelente estudio sobre los marinos republicanos del exilio, a su paso por las distintas estaciones intermedias, y burlando los controles de los gendarmes, soldados senegaleses y Guardia Republicana móvil que los vigilaban, muchas personas se les acercaban y les lanzaban a los vagones comida, ropa y sus señas personales por si necesitaban algún otro tipo de ayuda. Enteradas las autoridades francesas de este comportamiento solidario y compasivo de una parte de la población local, ordenaron que los siguientes viajes se hiciesen siempre de noche, y sin parar en ningún momento para comer o para poder hacer sus necesidades fuera de los vagones. Un proceder verdaderamente triste y vergonzoso de las autoridades de un país vecino y amigo como era Francia, al que en España siempre se había visto, y desde mucho tiempo atrás, con cierta admiración y como un claro referente de acogida de refugiados políticos y de respeto de todo tipo de libertades y de derechos humanos. Y, además, en un momento histórico en el que el país se encontraba presidido, desde mayo de 1932, por el líder del Partido Alianza Democrática Albert Lebrun y, desde abril de 1937, con un primer ministro como Edouard Daladier, exministro de defensa en el anterior gobierno del Frente Popular (1936-1937), líder del Partido Radical y supuesto “amigo” de la República española.

Tras largas horas de viaje (los campamentos estaban a unas 14 horas en tren desde Bizerta) los refugiados españoles tuvieron que recorrer a pie cerca de una decena de kilómetros que todavía les faltaba desde la última estación ferroviaria hasta su destino final. Bruno Alonso describiría de la siguiente manera estos hechos:

“En la estación nos hacen a todos los comisarios una ficha nueva, más detallada que la anterior, y como fardos humanos somos metidos en el furgón de cola, hacinados de pie. Después de 14 horas de viaje llegamos a Maknassy. El campo está a ocho kilómetros de distancia y hacemos el recorrido a pie. Al fin llegamos, y caemos rendidos sobre los fardones de paja que nos reservan como camas. En el campo, transformado en lugar de reclusión para nosotros, hay viejos pabellones que en un tiempo tuvieron un uso militar”.

Isidro Pérez San José corrió una suerte parecida a la del resto de los exiliados: junto a otros hombres fue trasladado por tren al campo de Maknassy (antigua mina de fosfato), situado a 160 km de la localidad de Gafsa, donde permaneció nueve meses en unas condiciones de vida realmente difíciles. Tras el cierre de las instalaciones, el día 10 de noviembre de 1939, y con la guerra mundial ya iniciada tres meses antes, Pérez San José y 259 de sus compañeros de infortunio fueron trasladados a Kasserine, un campo de colonización agrícola, situado en la comarca desértica de Chaanbi, que los internados republicanos españoles consiguieron transformar, tras duros trabajos de varios años, en una zona fértil y apta para la agricultura.



Figuras 14 y 15. Isidro Pérez San José en el campo de internamiento de Maknassy (antigua mina de fosfato), situado a 160 km de la localidad de Gafsa, donde permanecería nueve meses, hasta el 10 de noviembre de 1939

Pérez San José, que destacó como coordinador de las labores agrícolas que se llevaron a cabo en Kasserine, pudo conseguir, finalmente, el permiso de residencia en la ciudad de Túnez, donde empezó dirigiendo un taller de zapatería y, poco después, instalar su propia consulta de médico en el número 11 de la *rue de Provence*. En 1946, y cuando ya llevaba separado de su familia siete largos años, Isidro Pérez San José tuvo una relación afectiva con una de sus clientas, Germaine Candiard, costurera en Túnez, fruto de cuya relación nacería, en agosto de 1947, un hijo de la pareja, de nombre Bernard. Unos meses después, la esposa de Isidro llegaría a Túnez con sus tres hijos (otro de ellos ya había fallecido por esa época), e Isidro reanuda su vida familiar y en común con ellos. Tres años más tarde, en febrero de 1950, nacería su último hijo, de nombre Isidro.





Figuras 16 a 20. Diversas fotografías de Isidro Pérez San José en su exilio tunecino, entre ellas una ataviado a la usanza local

Epílogo

Isidro Pérez San José pasó ya el resto de su vida en el norte de África, donde murió en los años 60. Sin duda, fue uno de los humanistas de su tiempo que participó activamente en cuantos movimientos colectivos se organizaron en la ciudad de Cartagena entre los años 1927 y 1939.

Su perfil de hombre osado y de ideas avanzadas, culto y representativo del difícil tiempo de cambio y de lucha que le tocó

vivir, estuvo siempre acompañado de un espíritu de solidaridad que también proyectó en su labor médica y filantrópica, en su oratoria y en su actividad política nacida en los años 20 de la mano de los grandes pensadores y políticos de su tiempo, desarrollada en la Cartagena republicana y en contacto con los grandes valores de la política nacional, que fue extendida en su exilio tunecino, donde conoció y trató a casi todas las grandes personalidades de españoles de su época. Y, como muchos otros muchos políticos de su tiempo, sería un claro símbolo de los intelectuales y políticos republicanos de la región de Murcia que les tocaría marchar al duro exilio, donde intentaron rehacer sus vidas y materializar allende de nuestras fronteras lo que los avatares de la historia les había negado en su patria, constituyendo lo que la historiadora Alicia Alted calificaría, muy expresivamente, como “la voz de los vencidos”.



Figura 21. Isidro Pérez San José, a la izquierda de fotografía y sonriendo, en una comida con varios compañeros de exilio



Figuras 22 y 23. Isidro Pérez San José con su familia durante los años de su exilio tunecino

Bibliografía

- Alpert, Michael: *La guerra civil española en el mar*. Madrid, 2007.
- Alonso, Bruno: *La flota republicana: memoria de su Comisario General*. Madrid, 2007.
- Bahamonde Magro, Ángel; Cervera Gil, Javier: *Así terminó la Guerra de España*. Madrid, 2000.

- Casanova, Julián: *República y Guerra Civil. Vol. 8 de la Historia de España, dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares*. Barcelona, 2007.
- El Gafsi, Abdelhakim y De Epalza, Mikel: “De Cartagena a Bizerta. Prolongaciones tunecinas de la Guerra Civil Española (1936-39)”, en *Anales de Historia Contemporánea N° 2*. Universidad de Murcia, 1983.
- Fernández Díaz, Victoria: *El exilio de los marinos republicanos*. Madrid, 2009.
- Franco Fernández, Francisco José:
 Cartagena, 1931-1936. Los años de la esperanza. Cartagena, 2005.
 República, Guerra y Exilio. Antonio Ros y la Generación del 27. Cartagena, 2007.
- Pérez Adán, Luis Miguel: *El Hundimiento del Castillo Olite*. Cartagena, 2004.
- Thomas, Hugh: *Historia de la Guerra Civil Española*. Barcelona, 1976.
- Viñas, Ángel; Hernández Sánchez, Fernando: *El desplome de la República*. Barcelona, 2009.